

Formación, creación intelectual y acción descolonizadora. Enunciados aproximativos

Thais Marrero V.¹

El presente papel de trabajo está pensado y elaborado como un brevario. Es un ensayo escrito en forma de notas esquemáticas, porque la autora está consciente de que el tema es de tal complejidad que supera con creces el limitado marco de esta ponencia.

Por eso se deslizan estos apuntes, cuya única pretensión consiste en hilvanar unas pocas ideas que pudieran servir para el diálogo y el debate colectivo sobre lo que debe ser la ciencia nuestra, militante, popular, comprometida con el logro de nuestra definitiva Independencia, tomando el espacio científico–tecnológico como trinchera de producción de saberes, como herramienta de formación y liberación y como fuerza transformadora en manos de nuestro pueblo-sujeto social histórico.

Las páginas que siguen se han estructurado en tres secciones, a saber: la primera, trata lo concerniente a la configuración del horizonte de una ciencia nuestra, que privilegie lo colectivo, lo comunalista y el fortalecimiento del poder popular, desde el actual proyecto histórico independentista, descolonizador.

La segunda parte se ocupa, en forma esquemática, de lo que en este documento se denomina episteme cimarrona, como conocimientos y saberes contrahegemónicos producidos por el nudo triétnico de nuestro mestizaje, que da cuenta de otro discurso no occidental, gestado en nuestras comunidades populares.

El tercer acápite ofrece una primera aproximación al pensamiento del maestro Simón Rodríguez, quien coloca al conocimiento como práctica social y como vía para alcanzar la verdadera emancipación.

¹ Licenciada en Educación. Doctora en Andragogía. Personal Docente y de Investigación (jubilada). Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez. Correo electrónico: thaismarrerov@gmail.com

La parte final del documento, plantea la necesidad de reflexionar sobre el principio de la formación permanente, omnilateral, para todos y todas y en todos los espacios, y hacer posible la generación de prácticas y saberes en función de una ciencia nuestra, militante y transformadora.

Palabras clave: socialismo, episteme cimarrona, Simón Rodríguez, educación popular, formación permanente.

La ciencia nuestra como obra colectiva descolonizadora.

1. Socialismo rehumanizador es el imperativo. El desacople del capitalismo.

El actual proceso que vive Venezuela, de construcción de una sociedad fundamentada en la justicia social, la libertad y la valoración de lo humano, en equilibrio con la naturaleza, es decir, una sociedad socialista, plantea la ineludible necesidad de un horizonte ético-político sobre el cual sentar las nuevas bases para la formación en ciencia, tecnología e innovación que, sin distingos de naturaleza alguna, debemos comprometernos en edificar.

La senda del socialismo se hace con la levadura de las luchas y las prácticas para posibilitar la asunción de seres humanos plenos, que desarrollen, desde sus marcos de vida, su potencial creativo tanto personal como colectivo, a través de la participación activa, consciente y solidaria para transitar vías, trayectos, direcciones y retos en correspondencia con el insoslayable y crucial compromiso de construcción de la nueva sociedad, donde sí es posible recuperar nuestra dignidad, nuestra humanidad.

Desacoplarnos del capitalismo supone un cambio de perspectiva, un tránsito fundamental desde la situación actual a otra, superadora de los viejos y caducos modelos que impregnan y estructuran nuestras formas de pensar, comprender y actuar en el mundo, para abrirnos a una praxis creadora y reflexiva, en cuyo proceso mismo se despliega la creación intelectual transformadora de la sociedad, porque la ciencia como parte de la cultura del ser humano es un factor imposible de separar de su contexto histórico y social.

En este sentido, el proceso bolivariano está inspirado y empujado sobre los hombros y el ejemplo imperecedero de la gesta independentista, antiimperialista y la herencia política y moral del Padre Libertador, que nos forja para la construcción y realización, sin cortapisas, del socialismo, que no es calco ni copia sino creación heroica, al decir de Mariátegui, el cual se expresa con la afirmación de nuestra propia valía y las capacidades para decidir libremente el destino colectivo de nuestro pueblo.

Esta renovada patria de iguales que se está construyendo, así como su ciencia, está impregnada de historicidad, de heroísmo independentista, de gigantesca lucha antiimperialista, de libertad y soberanía.

Por eso, el Libertador, hoy más que nunca, cobra un valor inconmensurable como presencia creciente, para consolidar definitivamente nuestra irrenunciable independencia. Bolívar, mirando el futuro, con su fe en el porvenir y en las energías creadoras de nuestros pueblos, nos proyectaba generosos, de sólidos principios, solidarios, cultos y altruistas, dando nuestra noble contribución a otros pueblos y continentes, tal como lo proclamó en su Discurso ante el Congreso de Angostura (1819):

Volando por entre las próximas edades, mi imaginación se fija en los siglos futuros, y observando desde allá, con admiración y pasmo, la prosperidad, el esplendor, la vida que ha recibido esta vasta región, me siendo arrebatado y me parece que ya la veo en el corazón del universo, extendiéndose sobre sus dilatadas costas, entre esos océanos que la naturaleza había separado, y que nuestra Patria reúne con prolongados y anchurosos canales. Ya la veo servir de lazo, de centro, de emporio a la familia humana; ya la veo enviando a todos los recintos de la tierra los tesoros que abrigan sus montañas de plata y de oro; ya la veo distribuyendo por sus divinas plantas la salud y la vida a los hombres dolientes del antiguo universo; ya la veo comunicando sus preciosos secretos a los sabios que ignoran cuán superior es la suma de las luces, a la suma de las riquezas, que le ha prodigado la naturaleza. Ya la veo sentada sobre el trono de la Libertad, empuñando el cetro de la Justicia, coronada por la Gloria, mostrar al mundo antiguo la majestad del mundo moderno [...]

De igual manera, nuestra república tiene en su actual constitución (1999) los referentes fundamentales que constituyen las bases para construir el proyecto nacional descolonizador. Ello implica, concebir nuevas formas

de hacer ciencia comprometida con el bien común que privilegie lo colectivo, lo comunalista, el fortalecimiento del poder popular para favorecer la afirmación de capacidades y potencialidades científicas y tecnológicas en función del enaltecedor destino colectivo.

El proceso, en su incesante marcha, requiere una visión revolucionaria cuya elaboración teórica sea un replanteo radical sobre una propuesta de ciencia nuestra como obra colectiva unificadora.

La ciencia y sus aplicaciones, en el contexto del proyecto histórico del socialismo bolivariano, se convierte en un problema central complejo que debe ser sometido al ineludible y esencial debate político, para contribuir a develar su función en la sociedad y la nueva cultura que se está gestando.

No se trata de discutir en torno a aspectos secundarios, sino a la necesidad de escudriñar y dilucidar, con la franqueza y claridad necesarias, el papel del conocimiento y la ciencia como fuerza social transformadora.

Está abierto el proceso de emancipación nacional y soberana, por lo que no debe haber dudas, ni tregua ni descanso, pero sí mucha audacia y elevada conciencia, para seguir avanzando en el proyecto colectivo popular impostergable que nos convoca a potenciar otro horizonte político-cultural, desde nuevas visiones de sujetos dialogantes en interacción dialéctica, cuya praxis histórica concreta tiene como fundamento y eje central la descolonización, la independencia.

Hoy, nuestros pueblos y sus nuevas realidades sociales demandan la desconexión total de la ciencia que está al servicio del capitalismo contemporáneo oligopólico, controlador y dominador de todas las esferas del campo del conocimiento, que impone la homogenización y uniformidad sociocultural, la monopolización y sumisión del conocimiento, el neoliberalismo y el modelo capitalista que hace aguas por todos lados, cuya crisis de 2008, y su costo, la están pagando millones de trabajadores y de pobres en todo el planeta.

El problema, entonces, consistirá en precisar el qué, por qué, para qué, para quién y con quiénes generar conocimiento y tomar posición para atender, con urgencia, el difícil reto de construir un nuevo mundo posible y la necesidad de una elaboración teórico-metodológica para la resolución de

problemáticas distintas y diversas, las cuales, indefectiblemente, transforman y reorientan el papel de la ciencia y del sujeto histórico de la misma, desde la perspectiva de clase y de pueblo, como instrumento indispensable de descolonización, concebida y afirmada desde su no neutralidad.

Por otra parte, también es necesario tomar en cuenta que la discusión de los problemas de la ciencia, la tecnología y la sociedad debe darse en todos los ámbitos, incluyendo el mundo universitario, centros de investigación, centros tecnológicos y organismos del país, pero no queda exclusivamente reducido a los mismos.

De allí que, la nueva manera de hacer ciencia desde el proyecto histórico independentista y descolonizador, asume que las organizaciones populares han resurgido, con sus luchas, como sujetos políticos poderosos, generando y liberando saberes y conocimientos fuera de los espacios académicos.

Son sujeto-pueblo poniendo a disposición de todas y todos sus conocimientos y su pensamiento crítico, el cual ha tenido su alumbramiento en una construcción colectiva que se expresa de manera diferenciada, desde su sentido vivencial.

2. La casta de los científicos oficiantes y conversos.

Sentar las bases de una sociedad fundamentada en los principios del socialismo bolivariano supone el proceso de superación de dogmatismos y posturas reaccionarias, anclados en la fosilizada y anacrónica tradición positivista cuyos criterios de científicidad objetiva son la neutralidad, la imparcialidad e indiferencia de juicios valorativos y la certeza, la exactitud y el instrumentalismo tecno científico con pretensiones monopólicas de ciencia única, eterna e inmutable. De allí, que su discurso actual es la evidencia y viva expresión de la ideología hegemónica omnipresente, de dominación imperial.

En Latinoamérica, el neopositivismo reduccionista pone el acento en el conocimiento al servicio de la dependencia, la subordinación y recolonización. Sus oficiantes, sin ánimo, por lo delicado del tema, de molestar ni herir susceptibilidad alguna, son la punta de lanza de la

burguesía local e internacional, quienes escudándose en el cientificismo imitador, replicador y legitimador del modelo planetario dominante, gestado en Europa y los Estados Unidos de América, no dudan en ejercer de evangelizadores de un nuevo nicho eclesiástico, de un instrumento de poder, celebrando la liturgia según la doctrina, los cánones, los rituales y ceremonias solemnes para glorificar el misterio de su claustro y culto científico.

En su castillo de marfil, un sector intelectual con su antorcha de fuego fatuo, apartado del mundo real donde bulle el pueblo, se ocupa de garantizar y defender los intereses, las formas y el contenido reproductor del modelo de dominación colonial que gobierna su actividad; así como la sumisión y el obligatorio cumplimiento de las reglas, los dogmas y normas del catecismo que establece su iglesia.

De allí que, la nueva manera de hacer ciencia desde el proyecto histórico independentista y descolonizador, asume que las organizaciones populares han resurgido, con sus luchas, como sujetos políticos poderosos, generando y liberando saberes y conocimientos fuera de los espacios académicos.

Son sujeto-pueblo poniendo a disposición de todas y todos sus conocimientos y su pensamiento crítico, el cual ha tenido su alumbramiento en una construcción colectiva que se expresa de manera diferenciada, desde su sentido vivencial.

Son apologistas del capital, agentes de las élites y las corporaciones transnacionales que los han convertidos en peligrosas correas de transmisión, en patéticas caricaturas, eco y espejo de los valores inculcados por el fundamentalismo mercantilista.

Son unos círculos de intelectuales, tecnócratas y meritócratas periféricos extraños en su propia tierra que, a toda costa, pretenden mantener a Venezuela y a Latinoamérica de rodillas ante el proyecto de globalización neoliberal, asentado sobre el impresionante desarrollo científico-tecnológico-bélico y la política imperial hegemónica.

Se puede apreciar, que algunos penetraron el mundo de las instituciones educativas, en todos sus niveles y modalidades, como el ámbito más natural e idóneo para servir de intermediarios directos en esas

comunidades y replicar el paradigma científico hegemónico, con la autoridad que les otorga sus grados académicos de Especialista, Magister Scientiarum, Doctor o Philosophiae Doctor.

Esa casta de agentes locales genuflexos y extranjerizantes responde a los intereses del poder de las potencias y de la tecno ciencia con su reduccionismo gnoseológico, su visión unidimensional, su razón instrumentalizadora y única que niega la existencia de otras racionalidades distintas a la del occidente capitalista, caracterizada por su uniformidad cognitiva y cultural y la sacralización del mercado, oponiéndose férreamente a cualquier política soberana del Estado.

De modo que, en esta hora, es vital reflexionar profundamente, desde donde somos, desde nuestra propia mirada, desde nuestra propia memoria colectiva como pueblo, sobre los conocimientos y saberes nacidos de las prácticas de resistencia contra la opresión, la violencia y el coloniaje; así como contra el pensamiento, las prácticas y el discurso hegemónico eurocéntrico e imperial que se erigió como amo y señor, desde el siglo XVI hasta nuestros días. De eso se trata en las siguientes y sucintas líneas que nos atrevemos a enunciar.

La episteme cimarrona desde la práctica social colectiva

Hablar de episteme cimarrona es plantear la resignificación y la recuperación de un modo de conocer irreductible, que proviene de las entrañas y el acervo común de nuestro mestizaje y de la lucha de resistencia librada contra el opresivo despotismo colonial, por hombres y mujeres, quienes de manera trágica y brutal, durante trescientos años, fueron secuestrados; marcados con la carimba candente; sus cuellos y manos amarrados con argollas y arrancados del vientre profundo de su Madre África, trasladándolos a estas tierras en calidad de esclavizados que, al decir de Darío Henao Restrepo (2010), los llevó al viaje del horror de nunca retorno.

Así, depositados en las *naos negreras* de la muerte y la ignominia, en noches de luna sangrante, retumbaban cantos lúgubres y silenciosos, en numerosas lenguas, en millones de voces profundas y dolientes, en millones de vidas desgarradas:

*Hoy es el día de la partida
cuando la huella no olvidada
se posa en el polvo del mañana.
Hoy enterramos el mijo
la semilla sagrada
en el ombligo de la madre África
para que muera
se pudra en su seno
y renazca en la sangre de América.
¡Escucha la despedida,
las ofrendas, los himnos
de las mil cien tribus
para despedirte unidas!
(Manuel Zapata Olivella, pp. 46-82)*

Ellos y ellas, y sus descendientes, lograron escapar del feroz maltrato y se rebelaron contra el sistema imperial dominante; fundaron sus comunidades clandestinas de resistencia, sus refugios, conocidos en Venezuela como cumbes, patucos y rochelas (pequeñas parcelas de tierra) y, más allá, diseminados por toda nuestra América, quilombos y palenques. Estos espacios fueron su hogar-mundo inclusivo donde se vivía comunidad, lo colectivo, la construcción del tejido de relaciones y formas de organización socio productiva con su dinámica propia, alejados de los centros poblados de la época.

En la cimarronera, donde predominaban los afros, también encontraron cobijo otras gentes consideradas inferiores; privadas de sus derechos; sometidos a la servidumbre y la persecución: indígenas, pardos y mestizos, blancos pobres, militares desertores, prófugos de la justicia, etc. En las comunidades cumbes pudieron realizar una nueva vida, en condiciones igualitarias, de hermanamiento. No eran islas aisladas, estigmatizadas como refugios y guaridas de bandidos y forajidos, de gente primitiva e inferior, como nos lo ha inculcado la historiografía oficial eurocéntrica, estereotipada, prejuiciada y discriminatoria.

Por el contrario, el cumbe constituyó una formación social para la convivencia antiesclavista y de resistencia política-cultural, y una extraordinaria fuente creativa, tal como lo expresan Pestano y Fernández (2010)” [...] los cumbes se tradujeron así en la expresión vívida de los

anhelos de libertad de aquel sector ampliamente excluido de la sociedad colonial”.

Guerrero Veloz (2009) nos hace saber que los cimarrones y cimarronas, nombre dado al ganado libre, sin dueño, hicieron su aparición y se territorializaron en cumbes, a partir de 1553, con la Resistencia de Miguel (1552-1555), contra la explotación colonial, alzado en las minas de oro de Buria, cerca de Nirgua, en el territorio del actual estado Yaracuy, quien comandó un ejército interétnico de africanos e indios jirajaras y gayones, quienes también se rebelaron contra el sistema de encomiendas que les imponían.

Este movimiento es considerado, en la actualidad, como una revolución política y social y no como una simple insurrección, siendo ella una de las rebeliones más importantes no sólo del siglo XVI sino de todo el período colonial venezolano. No obstante, su importancia social ha sido silenciada y sesgada por la llamada historia oficial de nuestro país, clasificándola como un mito pintoresco y belicoso, sucedido en una de las tantas regiones del territorio nacional, cuando en realidad fue un movimiento social que trascendió a planos étnicos, clasistas, económicos y políticos durante más de un siglo (Memorias de Venezuela, n° 9, p. 55)

Posteriores rebeliones y acontecimientos ocurren en el mismo estado Yaracuy, tales como la de 1732 dirigida por Andrés López de Rosario (Andresote), contra el monopolio comercial y la trata trasatlántica de esclavizados por parte de la odiada Compañía Guipuzcoana, en las cercanías del río Yaracuy y las costas de Puerto Cabello y Tucacas.

De igual manera, la Rebelión de Congos y Loangos que tuvo como epicentro las regiones de Panaquire y los Valles del Tuy, extendiéndose hasta Caracas. Su líder Guillermo Ribas, conocido como Guillermo el Negro, fundador del Cumbe Mango de Ocoyta, se sublevó desde 1771 hasta 1774, cuando muere en un enfrentamiento.

Por otra parte, en los valles de Barlovento, desde las montañas donde estaba el cumbe de Taguaza, hoy comunidad de Araçüita del estado Miranda, Miguel Jerónimo, alias Guacamaya, durante 1794 y 1795, encabezó una importante rebelión que se encuentra registrada en los anales de la historia.

También, el investigador José González Millet (s.f), sostiene que: *“Las sociedades de negros y sobre todo de cimarrones proliferaron a lo largo y ancho de la geografía venezolana y en ellas los oprimidos alcanzaron la condición de hombres libres a la que nunca volverían a renunciar”*.

De esta estirpe viene José Leonardo Chirinos, nacido en 1754 en Curimagua, estado Falcón, quien encabezó, el 10 de mayo de 1795, junto con el líder curazoleño, de origen loango, José Caridad González, la célebre insurrección de la Serranía de Coro, contra el oprobioso sistema de la esclavitud y la explotación, para establecer una república que tenía como principios la eliminación de la esclavitud, la igualdad de las clases sociales y la supresión de los privilegios. Al respecto, Ramos Guedez (2012) afirma que no se trató de un hecho aislado; fue “[...] una rebelión realizada por los más excluidos de la sociedad: esclavizados mulatos, zambos e indígenas y rompía con toda forma de sometimiento de los seres humanos”.

Mención especial hay que hacer de la heroica mujer reducida a la ignominiosa condición de esclavizada, multiplicada en sufrimientos, abusada físicamente, procreadora de hijos y portadora de un inmenso acervo cultural impregnado del ideario de la libertad, la solidaridad y laboriosidad que, hoy, constituye un preciado bien patrimonial de nuestros colectivos populares.

La mujer se liberó de la abominable esclavización, de su suplicio, luchando al lado del hombre cimarrón contra la explotación, la cual, como afirma Jesús García (1996), fue mucho más intensiva que la del hombre:

[...] de esas negras puede decirse que no descansan ni los domingos ni los días de fiesta, esas negras parecen que son hechas de hierro... ¡Yo no sé como tienen resistencia para tanto! Y con todo ¿lo crearás? Andan siempre alegres, el rostro placentero...Por eso dicen los mayores que las negras son de más resistencia y de más constancia en el trabajo que los hombres y lo atribuyen a ser de mejor temple por su naturaleza física (Suarez, 1986, citado en García, 1996).

Desde su espíritu indomable y la dignidad consustancial a su naturaleza, tanto en su condición de sirvienta como de cimarrona y con un desprendimiento infinito, derramó sin fatiga su amor compasivo de madre nutricia. Los arrullos y melodías que brotaban de lo profundo de la

interioridad femenina, fecundaron y guiaron los pasos del alma del hijo y la hija del amo, así como de los suyos propios.

Hipólita, la Nana Taita consentidora, de quien el Libertador dijo “yo no he conocido más padre que ella”, es el símbolo más visible de la generosidad de la mujer africana. *El padre de la patria* fue acunado, cobijado y arrullado en sus brazos y habitó en él a través de la leche que brotó de sus tibios pechos para amamantarlo, la cual llevaba el vigor de su cultura originaria, de la resistencia y la libertad, que quedó reivindicada y esparcida en la epopeya revolucionaria independentista.

A pesar de la extraordinaria contribución de la mujer afro al proceso de liberación, de dignificación humana, de construcción de nuestra patria y hacedora de cultura, aún somos deudores del Panteón para que cese el drama de la invisibilidad, donde se rinda tributo a la memoria de tantas ilustres mujeres aun no rescatadas de las sombras del olvido, entre las que se encuentran: Juana Francisca, María Valentina, Manuela Algarín, Marta Sojo, del Cumbe de Ocoyta; María de la Concepción y María Soledad, del Cumbe de Taguaza; todas cimarronas de las tierras de Barlovento y de los Valles del Tuy, por solo mencionar algunas.

Las líneas presentadas en el acápite anterior de este ensayo no han tenido pretensiones historiográficas; solo consisten en una breve introducción testimonial de la época, para vislumbrar la clave cultural triétnica que interpenetra el conocimiento popular que vive y descifra el mundo desde su práctica. El conocimiento popular que nos habita tiene carácter y expresión mestizo, con un nuevo contenido, fecundado por los aportes de europeos, africanos y pueblos originarios.

Los cumbes de ayer fueron espacios de puertas abiertas, de relaciones horizontales e igualitarias, que tuvo su fuente de identidad en la resistencia; para sanar desdichas e infortunios y padecimientos desgarradores; y, recobrar la dignidad luchando, desde la noción de comunidad, contra el orden colonial.

El enriquecimiento teórico-histórico procedente de la fuente de nuestro mestizaje, aquí enunciado como episteme cimarrona, trata de la necesidad de destacar la importancia de co-pensar, valorar, redimir y visibilizar, desde nosotros mismos, el nudo triétnico e insurrecto del acervo

cultural de nuestras actuales comunidades populares, que produce otro discurso no occidental, como invaluable legado, patrimonio y tesoro de la memoria viva, bajo resguardo y salvaguarda de los colectivos; en contraste con lo que sostiene la receta hegemónica de carácter transnacional de los centros de producción del conocimiento y demás organismos internacionales.

Sin duda alguna, existe la clara necesidad de que la intelectualidad crítica y comprometida se encuentre con el pueblo para, juntos, abordar la tarea relacionada con los modos de producir conocimientos y saberes que emergen de las experiencias propias y las prácticas sociales, como producto de la resistencia histórica contra el yugo de la dominación y la opresión que, por siglos, han subyugado a nuestro pueblo, a nuestra América y el Caribe.

Tales conocimientos y saberes, en gran medida, han sido ignorados y desechados en la producción teórica de los intelectuales. La exclusión, rechazo y deslegitimación de estas fuentes constituye un *epistemicidio* (Boaventura de Sousa Santos, p. 7), no sólo por parte de los intelectuales de las metrópolis, sino también por académicos cuyo pensamiento colonizado se reproduce de modo endógeno.

El sujeto socio histórico pueblo, depositario y generador de conocimientos, ha sido invisibilizado, despreciado y segregado por considerarlo inferior, indigno, sin linaje y peligroso, en virtud de que su arquitectura intelectual surge en los espacios relacionales y horizontalizadores de la realidad, entre pares, donde no está presente el señorío academicista.

En este contexto, la tarea tendrá que consistir en la valoración, el respeto, el reconocimiento y la inclusión de los sujetos cognoscentes, cuyos saberes se sustentan en acciones y luchas que provienen del mundo de vida de los modestos sectores populares y desposeídos.

Esta episteme plantea la imprescindible reflexión e interpretación de las propias raíces culturales; darle voz a los silencios, a la resistencia sociocultural y al reclamo de la descolonización de saberes, desde el diálogo, la interacción y la participación democrática sin seguir, a pie juntillas, los dictados, los modelos y las apreciaciones foráneas.

Conviene visitar y reflexionar el pasado, sin espíritu prejuiciado, sin rigideces; no se trata de construir una visión estática, de acumular datos en torno a él, mitificándolo; sino de examinar, revelar y superar, en sentido dialéctico, los reduccionismos, el desprecio y la minusvaloración a los cuales ha estado sometido el saber popular proveniente de la vida en relación, que nos ha constituido como pueblo-sujeto histórico.

Por consiguiente, la perspectiva de una ciencia nuestra exige penetrar el pasado, sin enmascararlo con cifras y datos mecánicos, para, en forma crítica, comprender e interpretar la influencia fundamental del pueblo oprimido como protagonista del proceso de liberación, independentista y antiimperialista; así como en la construcción de nuestra cultura mestiza.

Del pasado, como portador de presente y porvenir, dice Kosik (1967), lo siguiente:

En la memoria humana el pasado se hace presente y así se supera la transitoriedad, porque el propio pasado es para el hombre algo que no se deja atrás como algo innecesario, sino que forma parte constitutivamente de su presente, como naturaleza humana que se crea y forma. Las etapas históricas del desarrollo de la humanidad no son formas vacías de las que emane la vida porque la humanidad ha llegado a formas superiores de desarrollo, sino que mediante la actividad creadora de la humanidad -mediante la práctica- se van integrando continuamente en el presente. El proceso de integración es, al mismo tiempo, crítica y valoración del pasado (p.78).

En el debate sobre la ciencia nuestra es de la mayor relevancia admitir que existen otras formas de conocer críticamente, las cuales posibilitan a las personas su implicación transformadora en sus modos y mundo de vida, distinto al razonamiento explicativo-analítico que sólo admite los fenómenos observables, medibles y cuantificables del monismo metodológico; es decir, la aplicación de un solo método, el científico positivista, con pretensiones de conocimiento nomotético, unidireccional, impositivo y dominador.

Por tanto, se hace ineludible la necesidad de generar una discursividad conectada y centrada en las fuentes de nuestra cultura mestiza; en la lucha por su supervivencia; en las voces colectivas que irrumpen, narran y reflexionan sobre su ser social, lo cual exige el completo replanteo de ver, estar, actuar y reflexionar en búsqueda de la transformación de la realidad de todas y todos, sin exclusión alguna.

El momento histórico que vivimos necesita una episteme decolonial, cimarrona, que tiene en el pueblo su sujeto social, profundamente politizado, comprometido y decidido a construir y refundar un nuevo modelo de sociedad comunal. El pueblo, como sujeto colectivo, está asumiendo la lucha y el protagonismo por recobrar su sentido de dignidad y desterrar definitivamente, en todos los terrenos, al poder opresor, donde la ciencia imperial, asentada sobre el modelo capitalista depredador, no solo constituye una mercancía, sino que también es un instrumento clave como dispositivo y mecanismo de dominación y saqueo.

Ese espacio no docto, desde su propio fundamento intelectual y de afectividad vivida, contiene y asume variadas, difusas y furtivas expresiones que pudieran ser interpretadas como caóticas e inconexas sin ninguna resonancia, pero es un discurso que da cuenta de los problemas por lo que atraviesan los contextos relacionales.

Son saberes resguardados, no arcaicos, que cierran fila ante los peligros del irrespeto, la humillación y la descalificación de quienes los consideran plebeyos. Saberes que han sido sojuzgados; que no debían decirse ni escucharse por ser considerados no saberes que, en el mejor de los casos, han suscitado la conmiseración de quienes poseen el predominio de aquellos conocimientos engalanados, consagrados y seguros por provenir de los cenáculos del academicismo cientificista universitario burgués.

Es una voz viva que, como la del palabrero *wayuu*, se abre cual simiente nutricia a la puesta en común de campos de conocimiento y nuevas representaciones fundados en la praxis. Sus portadores, representados en el pueblo, también están en capacidad de acceder, reapropiarse y articularse con propuestas tecnológicas del conocimiento científico-académico, y disponer de ellos, para transformar lo real histórico-social humanizado, lo cultural.

Se trata, entonces, de saberes de la historia colectiva mestiza, impregnados de emoción, de giros idiomáticos, de interjecciones, de modismos y expresiones regionales provenientes de los modos de vida y la lucha cotidiana de los gobiernos y gabinetes parroquiales del poder popular, los movimientos sociales de base, los colectivos organizados, los consejos comunales, las comunas en construcción, las unidades socialistas de producción, las organizaciones del campo, la de nuestros pueblos aborígenes

y afrodescendientes, cuya pluralidad de voces se manifiesta como un tejido polifónico que debe ser considerado e incorporado para la construcción y recomposición de nuestra ciencia, en la patria nueva.

Así pues, el conocimiento de personas y colectivos populares concretos, que es aportado desde la dimensión práxica del trabajo, de las condiciones materiales y del conjunto de las relaciones sociales no es un conocimiento vestido de gala, ni estático, que justifica el *status quo*, sino que se manifiesta como patrimonio común abierto e inacabado para cumplir con su papel histórico y ser co-creador del proceso revolucionario.

De allí, que una ciencia nuestra exige romper con la cultura del silencio y la opresión; combatir la racionalidad instrumental narcisista; y, desechar el conocimiento científico fetichizado, su racionalidad y su modo de adquisición, que nos es otro que el de la colonización del saber, propio de la sociedad burguesa.

Esa palabra cimarrona y su enorme carga sufriente debe salir de la barricada del cumbe donde fue silenciada, mas no domesticada ni empequeñecida, pues la hora de la clandestinidad ha cesado en este tiempo de plenitud que se asoma; de igualdad de derechos y abierto desafío al poder del sometimiento moldeado en las formulaciones científicas positivistas.

De este modo, la episteme cimarrona surge del sujeto colectivo al servicio de la transformación de las condiciones materiales y, por ende, de las espirituales del pueblo, con clara conciencia política; porque, tal como lo expresa Adolfo Sánchez Vázquez (1972):

[...] la despolitización crea así un inmenso vacío en las conciencias que sólo puede ser útil a la clase dominante al llenarlo con actos, prejuicios, hábitos, lugares comunes y preocupaciones que, en definitiva, contribuyen a mantener el orden social vigente. El apoliticismo de grandes sectores de la sociedad excluye a éstos de la participación consciente en la solución de los problemas económicos, políticos y sociales fundamentales y, con ello, queda despejado el camino para que una minoría se haga cargo de estas tareas de acuerdo con sus intereses particulares, de grupo o de clase (p. 20).

La producción colectiva de conocimientos, desde las bases populares, debe estar acompañada por el despliegue de una propuesta formativa y organizativa militante, fundamentada en la elevación del nivel de conciencia reflexiva y de la praxis revolucionaria. De ahí, la necesidad de crear las condiciones para promover y fomentar la producción intelectual como proyectos de cambio de la realidad, con múltiples miradas, cuya autoría es de todos, lo cual, a su vez, fortalece la organización comunal y el poder popular.

La nueva institucionalidad, establecida en la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela (1999) asume otro modelo de democracia: la democracia participativa protagónica para construir una sociedad igualitaria y justa; y, consolidar y expandir el poder popular, tal como lo plantea el Plan de la Patria (2013-2019).

Sobre el poder popular y su importancia en la generación de conocimiento transformador, la contribución de Fals Borda (1986), es evidente:

Una democracia participativa en la cual no habría lugar para las Vanguardias dogmáticas ni para mecanismos o instituciones manipuladores, porque las masas se harían respetar en sus propios términos y condiciones. Por lo mismo, se define el poder popular como la capacidad de los grupos de base (explotados hoy por sistemas socioeconómicos) de actuar políticamente y de articular y sistematizar conocimientos (el propio y el externo), de tal manera que puedan asumir un papel protagónico en el avance de la sociedad y en la defensa de sus propios intereses de clase y de grupo (p. 61).

En consecuencia, el proceso de transformación debe asumirse a partir del concepto de la participación auténtica que:

[...] se enraíza en tradiciones culturales propias del pueblo raso de nuestros países y en su historia real (no la elitista), convergentes con sentimientos y actitudes altruistas, cooperativas, comunales y verdaderamente democráticas. Este concepto se enraíza en valores populares esenciales que sobreviven desde la praxis original a pesar del destructivo impacto de conquistas armadas, violencias e invasiones foráneas de todo tipo, valores resistentes basados en la minga, la ayuda mutua, el brazo prestado, la hamaqueada de enfermos, el uso comunal de tierras, ejidos, bosques y aguas, la

familia extensa, el matrifocalismo, y tantas otras practicas sociales antiguas que varían de una región a otra, pero que constituyen las raíces de “nuestra participación”. No necesitamos, pues, de otros referentes filosóficos o racionales, profundos o lejanos, que provengan de culturas y tradiciones intelectuales o académicas diferentes, o de otros continentes (p. 62).

Los proyectos de formación y producción de saberes comunitarios contribuyen con la visibilización de la gente y el reconocimiento de que el pueblo es un ser histórico-social, sujeto de un saber que no es individualista ni egocéntrico; porque, al mismo tiempo que tiene la capacidad de aportar soluciones para resolver problemas y necesidades ligados al mundo cotidiano y concreto de las comunidades, es una vía de acceso para movilizar la conciencia crítica y la ética de personas y colectivos, en el actual momento histórico de nuestra democracia participativa, donde aún prevalece la cultura con base socio económica capitalista rentística.

De allí que la episteme cimarrona y la educación entre todas y todos, como acto cognoscente liberador, forman una unidad indisoluble, un todo integrado; una interdependencia dialéctica y una praxis social revolucionaria que no es posible escindir.

En este sentido, importa destacar que, a la ciencia nuestra, portadora del pensamiento cimarrón y la sapiencia popular, se le devuelve el derecho y la responsabilidad para que resurja, se pronuncie y transite libremente, ampliando su misión histórica-social y la preeminencia creadora de la actividad colectiva, asumida como derecho imprescriptible para luchar por el rescate de nuestra digna condición de personas, colectivos, pueblo y nación, en el marco del proyecto histórico del nuestro socialismo bolivariano del siglo XXI, en gestación.

La ciencia nuestra de espíritu robinsoniano

1. Simón Rodríguez. El legado epistémico para la ciencia nuestra

La episteme cimarrona es una puesta en marcha del proceso de reconquista de nuestra independencia nacional y de integración latinoamericana y caribeña; y, para ello, necesita la energía de las fuentes de nuestra memoria histórica y los símbolos del imaginario colectivo para

generar formas colectivas de conocimiento y de transformación teórica y política.

Por ello, necesariamente, tenemos que empinarnos sobre los hombros de Simón Rodríguez, quien hoy dejó de ser la tribuna solitaria, con su América a cuestas, con su educación popular, con sus escuelas-taller, con su proyecto educativo emancipador socialista.

Ahora bien, no es posible aproximarse al pensamiento de Simón Rodríguez, sin hacer el intento, iniciar el tránsito, que nos lleve a descubrir algunas de sus huellas biográficas. De no hacerlo, estaríamos vaciándolo de su origen, su procedencia, su trayectoria de vida y de lo constitutivo de su dimensión humana, inseparables de sus sueños, esperanzas, convicciones y anunciaciones intelectuales y políticas que fundamentan su base epistémica; la cual, exige ser reivindicada en la configuración de una ciencia nuestra.

Fue entregado a la vida en una expulsión de vientre de *parida clandestina*, con la desgracia por dentro, abandonado en plena calle como penitente sin pecado concebido; como milagro y como vergüenza; sin linaje y sin estirpe, a pesar de que llegó cubierto con un traje y una manta que delataban su procedencia, su origen de gente blanca, de mantuanos, de estatus superior, de casta de privilegiados.

Simón, anunció su llegada entre las tinieblas de la noche del 27 y los primeros rayos del alba del frío amanecer de aquel 28 de octubre de 1769, que se asomó con una temperatura entre 15 y 17 grados celsius. Desamparado y abiertamente segregado, el más indefenso de los indefensos, fue traído por la fría brisa y la niebla que bajaba del imponente Waraira Repano.

Simón Narciso Jesús, encarnó la transgresión, porque fue fruto del pecado; nació en un tiempo y en un terruño con su entramado social inflexible, donde el abolengo, la limpieza de sangre y el honor de los blancos mantuanos no perdonaban al nacido bastardo e ilegítimo.

Sin raíces, brotado de las entrañas de la tierra, niño de la calle, inocente evidencia de una deshonra, desde el fundamento de su mismo ser, desde lo íntimo de su primera condición de expósito, ya adulto, expresó que

no quería parecerse a los árboles, “... *que echan raíces en un lugar y no se mueven, sino al viento, al agua, al sol, a todo lo que marcha sin cesar...*”

Jamás tuvo espíritu de servidumbre, sus punzantes heridas afectivas no lo derrotaron porque en él bullía la dignidad personal y la de su América. Su sufrimiento lo expresó en amor, vida de esperanza y lucha revolucionaria al servicio del pueblo, de los históricamente excluidos. Luchando por la igualdad de todos, por la justicia para todos, por la fraternidad entre todos; por una nueva humanidad en una nueva América, de gente buena, justa y útil.

El Sócrates de Caracas y filósofo consumado, título que le dio su dilecto y preclaro discípulo, el inmortal Simón Bolívar, dedicó su vida a combatir el caduco pensamiento, las viejas y conservadoras costumbres, la ignorancia, el conformismo y el orden establecido que lo marginó, apartó y expulsó por no serle útil; por no encajar, ni seguir los dictados de la sociedad de su tiempo.

Entregó su vida y su obra a las Sociedades Americanas a través de la;

EDUCACIÓN POPULAR

Y por

POPULAR...entiende... JENERAL

INSTRUIR no es EDUCAR

ni la Instrucción puede ser un equivalente de la Educación
aunque Instruyendo se Eduque

También nos desafió para que pensáramos y actuáramos por nosotros mismos, para desarrollar plenamente nuestras capacidades y potencialidades, hasta alcanzar la definitiva independencia.

La Instrucción pública, en el siglo 19, pide mucha filosofía.

El interés general está clamando por una REFORMA

y... la América

está llamada, por las circunstancias, a emprenderla.

Atrevida paradoja parecerá...

no importa:

los acontecimientos irán probando que es una verdad muy obvia:

La América no debe imitar servilmente, sino ser ORIGINAL

Afirmó, que la base de los conocimientos era la práctica social, que es la vía fundamental para alcanzar nuestra verdadera emancipación y, para ello se precisa que:

... entre los conocimientos que el hombre puede adquirir, hay uno que le es de estricta obligación... el de SUS SEMEJANTES: por consiguiente, que la SOCIEDAD debe ocupar el primer lugar, en el orden de sus atenciones, y por cierto tiempo ser el único sujeto de su estudio.

Fue un convencido de que la batalla para lograr la definitiva independencia de nuestros pueblos, su fundación, debía darse en el terreno de la construcción y el cultivo del conocimiento y el saber político-social, para completar lo que se había obtenido por la fuerza de las armas:

Hasta fines del siglo pasado dominó la idea de la nobleza; en el presente domina la codicia; en el venidero dominará la del verdadero mérito, que es el saber.

Entonces se pensará en la sociedad; entonces la conducta social valdrá lo que antes valían las ejecutorias y lo que ahora valen las talegas.

Sus postulados sobre la educación popular, no sólo se circunscriben a los niños, sino que abarcan también a los adultos, lo cual puede ser confirmado en la siguiente sentencia:

Hay quien sea de parecer que los artesanos, los labradores y la gente común, tienen bastante con saber firmar; y que aunque esto ignoren, no es defecto notable... los artesanos y labradores es una clase de hombres que debe ser atendida como lo son sus ocupaciones.

Con la esperanza puesta en la dignificación de nuestros pueblos y en el proyecto de educación popular republicano, para cambiar sus terribles condiciones y eliminar el flagelo de la colonización, se adelantó, en siglos, a todo el debate contemporáneo sobre el replanteamiento de las mismas bases de la educación, así como a las declaraciones de la UNESCO sobre el Derecho del Hombre a Aprender y sobre la Educación para Todos.

Dijo:

De la JENTE NUEVA no se sacarían pongos para las cocinas, ni cholas para llevar la alfombra detrás de las Señoras – al entrar en las

ciudades no se dejarían agarrar por el pescuezo (a falta de camisa) para ir por orden de los asistentes á limpiar las caballerizas de los oficiales, ni á barrer plazas, ni á matar perros aunque fuesen artesanos – los caballeros de las ciudades no encargarían indiecitos á los curas, y como no vendrían los arrieros no los venderán en el camino...lo demás lo saben los hacendados.

Acerca de la concepción sobre el conocimiento científico, de su construcción y de las vías de acceso para generarlo, Simón Rodríguez asumió que se produce a partir de complejidades dialécticas cotidianas y particulares, entre lo concreto y lo abstracto, entre el análisis y la síntesis. Por tanto, el conocimiento no proviene de las ideas innatas, abstractas, ni queda reducido a una contemplación reflexiva del sujeto cognoscente, sino de la totalidad concreta de la realidad humano-social.

Sin duda alguna, fue un adelantado a la concepción marxista de la filosofía de la praxis, del hombre ontocreador, tal como se puede constatar en la afirmación:

Los conocimientos se dividen en teóricos y en prácticos; y la teórica no es sino el conjunto de preceptos dados por una experiencia consumada; teórica sin practica, es pura fantasía.

Así como extraordinario fue su espíritu, también es sorprendente su postura ante el mundo. Su mirada teórica trascendió la época que le tocó vivir, impregnada del pensamiento mecanicista de los siglos XVIII y XIX, que ha sido reeditado en la tecno ciencia positivista actual y su implacable lógica.

Se alejó de los postulados del idealismo filosófico y así lo afirmó: *“Por meterse a espirituales pierden muchos de vista la materia de que han sacado sus abstracciones”*.

Contrario a la visión idealista, el pensamiento de Simón Rodríguez representa una reflexión asumida desde el materialismo dialéctico donde la filosofía y la ciencia constituyen una unidad totalizadora. La materia es el elemento fundante que origina al espíritu. El mundo de la materia es la realidad objetiva en movimiento, en el espacio y en el tiempo, y las cosas son las que nos dan nuestras ideas.

En consecuencia, las abstracciones que proceden del idealismo resultan absurdas, porque el conocimiento no es una verdad eterna y mucho menos puede estar desvinculado de la realidad material objetiva. En el idealismo inmaterialista las cosas no existen sino en nuestro espíritu y éste es la única realidad; nuestras ideas son las que crean las cosas y éstas son el reflejo de nuestro pensamiento, lo cual significa que estamos ante una explicación anticientífica del mundo al recurrir a la idea de Dios como el espíritu creador de la materia y del universo.

Su visión dialéctica puede ser apreciada en el siguiente enunciado:

El Curso natural de las cosas es un torrente que arrastra con lo que encuentra y vuelca lo que se le opone. Esta fuerza es la que hace las revoluciones: los hombres que figuran en ellas son instrumentos de la necesidad. Son ACTORES, no AUTORES. Abramos la historia; y por lo que aún no esté escrito, lea cada uno en su memoria.

Desde la perspectiva dialéctica reconoce que las revoluciones no son accidentes sino necesidades históricas, porque así como hay cambios en la naturaleza, los hay en las sociedades y en su desarrollo histórico, en espiral, siempre en vías de transformación.

Ese pensamiento es portador de la concepción filosófica materialista para la interpretación de la realidad, concebida como el estudio de las cosas, que son contradictorias en sí mismas porque cada cosa contiene a la vez la cosa misma y su contrario; en su movimiento coexisten fuerzas opuestas; en su contradicción, en su cambio, el devenir transformador viene cargado de la poderosa certidumbre de que nada queda donde está, nada permanece como es, porque no hay nada definitivo, absoluto ni sagrado.

Fue el incomprendido de su tiempo por ser portavoz y combatiente de la lucha anticolonial, antiimperialista. Su vida y sus conocimientos los consagró a favor de la liberación de su gente, de los más pobres; de la materialización de la igualdad social. Por eso, combatieron sus ideas y sus anticipaciones por ser un horizonte del nuevo conocimiento liberador.

El proceso transformador de la Venezuela bolivariana debe escuchar y hacer suyas las palabras y la opción socio clasista del maestro inmenso:

¿A quien enseñar? ¡a todos! La instrucción debe ser nacional...
respóndase si los pobres no tienen derecho a saber; si el labrador, el
artesano, el tendero han de ser bestias

Acusó y denunció la persecución en su contra, y no es casual que
quisieran invisibilizar sus ideas, porque:

No son del tiempo presente, aunque sean modernas, ni de moda
aunque sean nuevas. Por querer enseñar más de lo que todos
comprenden, pocos me han entendido, muchos me han despreciado y
algunos se han tomado el trabajo de perseguirme.

De igual manera, fue injuriado y vilipendiado por la lealtad y
consecuencia con sus irrenunciables principios republicanos. Al respecto,
refiere:

Hace ya 24 años que estoy hablando y escribiendo pública y
privadamente sobre el sistema Republicano y por todo fruto de mis
buenos oficios he conseguido que me traten de LOCO.

La magna empresa del maestro fue la América original; de allí su
famoso y más conocido planteamiento

La América española es Orijinal = ORIJINALES han de ser sus
instituciones i su gobierno = I ORIJINALES sus medios de fundar uno
i otro. O Inventamos O Erramos.

Simón Rodríguez, además de haber sido el maestro de Bolívar, fue un
pensador multifacético, de racionalidad abierta y expandida que incursionó
en múltiples campos del conocimiento, con una visión transdisciplinaria que
puede corroborarse en sus escritos, entendida como la superación de las
fronteras entre disciplinas, recientemente adoptada en la década de los años
90 del pasado siglo XX.

En la Venezuela de hoy, su voz ha de ser una antorcha para el pueblo
bolivariano, robinsoniano, soberano y antiimperialista que tiene en los
principios de la educación transformadora, en el trabajo productivo liberador
y en la ciencia nuestra descolonizadora, la garantía de que más nunca será

colonizado; porque todas y todos ejercemos, en igualdad de condiciones, el imprescriptible e inalienable derecho de vivir dignamente.

El maestro fue un militante del altruismo. Su desprendimiento total al servicio de los más desposeídos, que es la esencia del socialismo, lo demostró hasta la saciedad; por eso, no regresó a su América para buscar honores y mucho menos gozar de los privilegios que le otorgaba el preciado título de *Maestro del Libertador*.

En el siguiente fragmento está condensada la grandeza de este excepcional e irrepetible hombre:

[...] en vida de Bolívar pude ser lo que hubiera querido, sin salir de la esferas de mis aptitudes. Lo único que le pedí fue que se me entregaran, de los Cholos más pobres, los más despreciados, para irme con ellos a los desiertos del Alto-Perú-con el loco intento de probar, que los hombres pueden vivir como Dios les manda que vivan-[...]

Muchas de las obras y de la inmensa producción intelectual de Simón Rodríguez se han perdido. Pudieron ser arrastradas por las corrientes marinas, cuando la embarcación en la cual viajaba quedó a la deriva en su viaje de Guayaquil a Lambayeque (Perú). Otras, después de su muerte, fueron arrasadas por el voraz incendio que se desató en Quito, en 1896; y, otras, a pesar de estas trágicas circunstancias, posiblemente, permanezcan ocultas en algún cementerio de libros y manuscritos olvidados.

Por fortuna, un conjunto de sus invaluable escritos han sido rastreados, recobrados y preservados, compilados en dos volúmenes de unas mil páginas, que dan cuenta de su erguida fortaleza moral, de su voz de asceta, sin adornos, llena de sutilezas caústicas; mordaz y de extraordinaria energía vital. Ni las peores circunstancias de su vida tuvieron la fuerza de quebrar su voluntad indomable, ni sus férreas convicciones de filósofo, político, educador, estadista, gran luchador social y su incondicional amor latinoamericano.

Es evidente que su solidez, su consistencia intelectual y su comprensión de la realidad provienen de su propia vivencia, de su vida misma. Nuestro admirable Simón Rodríguez, bajo el seudónimo de Samuel Robinson, andó y desandó pasos, durante más de veinte años, por Francia, Inglaterra, Austria, Alemania, Italia, Portugal, Polonia y Rusia con valentía

epopéyica, con la adversidad y las incomprensiones a cuestas; con sus sueños rotos y los fracasos de los proyectos de las escuelas-taller.

También merece leer, de su viva voz, la razón que lo obligó a salir de Caracas, en 1797, por ser miembro del movimiento subversivo cuyo ideólogo fue el educador Juan Bautista Picornell y Gomilla, quien, en 1795, encabezó una conspiración en su España natal, para derrocar el régimen monárquico. Apresado, condenado a muerte, conmutada por prisión perpetua, fue trasladado a la cárcel del Puerto de La Guaira (Venezuela).

Picornell, burlando las medidas represivas del aislamiento, logró contactar con Manuel Gual y con José María España, revolucionarios venezolanos; y, a través de ellos con otros criollos. El maestro Simón Rodríguez, tomó parte activa en ese movimiento, lo que le valió ser perseguido.

Su suerte estaba echada; de allí, su dolorosa decisión de cortar amarras y abrirse al mundo:

[...] yo era presidente de una Junta secreta de conspiradores. Denunciados por un traidor y hechos blanco de las iras del Capitán General, logré sustraerme a las persecuciones y a la muerte, porque ya embarcado en el puerto La Guaira en un buque norteamericano, y antes de darnos a la vela, supe que muchos de mis compañeros habían sido pasados por las armas sin juicio previo y sin capilla [...]

En 1823, con 54 años de edad, escuchando el poderoso llamado telúrico retorna a la patria grande nuestramericana, para comenzar un nuevo peregrinaje. Así lo proclama en carta dirigida a Bolívar “[...] *mis últimos años, que han de ser ya pocos, los quiero emplear en servir a la causa de la libertad, para eso tengo escrito ya mucho, pero ha de ser con el apoyo de usted*”.

Volvió a su América y dejó su huella en Cartagena, Bogotá, Panamá, Ecuador, Bolivia, hasta el Perú; y, allí, en Amotape, exhala su último aliento aquella noche del 28 de febrero de 1854. Murió como nació. Con aquel *¡ay mi alma! ¡Quise hacer de la tierra un paraíso para todos y la hice un infierno para mí!* Así se fue ese hombre eminente, con su profunda soledad,

su noble orgullo y su pobreza de solemnidad, su autenticidad, su grandeza y su dolor en lo más hondo.

Aquella noche, desde el inmenso horizonte, nuevamente escuchó aquellas palabras de Simón niño, Simón joven, Simón el Libertador, quien con entrañable afecto y profundo agradecimiento le expresaba:

[...]No puede Ud. figurarse cuán hondamente se han grabado en mi corazón las lecciones que Ud. me ha dado: no he podido jamás borrar siquiera una coma de las grandes sentencias que Ud. me ha regalado: siempre presentes a mis ojos intelectuales, las he seguido como guías infalibles [...]

Nos dejó sus originales postulados filosóficos, políticos y científicos, así como los proyectos educativos en Caracas, Bogotá, Chuquisaca, Lima, Arequipa, Concepción, Valparaíso y Latacunga.

Como políglota cosmopolita fue profesor de lenguas durante sus largos años vividos en Europa; también dominó el latín, además del quechua y el aymara, de los pueblos originarios de Perú y Bolivia, debido los largos años vividos en esas tierras, una vez que regresó a América, desde 1824 hasta su muerte en 1854.

Los conocimientos de tipografía, adquiridos en Baltimore, durante tres años de trabajo, los recreó en sus escritos, tal como nos lo hace saber el Filósofo Juan David García Bacca:

[...] juntó y realzó su pericia artesanal con sus dotes pedagógicas y estéticas. Empleó los diversos tipos de letra para hacer resaltar —que es modo adecuado de énfasis en imprenta— ciertas palabras y frases según la importancia conceptual, lógica, sentimental dentro de la Página, que es el escenario propio de la imprenta. La Página, tales páginas, ascienden así desde el nivel del impreso corriente a la originalidad de una partitura musical: notas de diversa duración, ocupando algunas compases enteros, en vacío o silencio de otras, a oír solas o acompañadas, con indicaciones de ritmo, énfasis. La Página, algunas páginas, cual constelaciones astronómicas. Con estrellas de primera, segunda magnitud y luminosidad...: soles, planetas, satélites. Aquí en la Página, los tipos de letras y su

disposición presentan constelaciones de conceptos, su orden, su distribución de valores. La página: partitura - constelación.

En este terruño que lo vio nacer, no se admite ni un agravio más para este gigantesco hombre, que nos legó la educación social republicana y su escuela popular. Su pensamiento debe releerse en conexión con este presente cargado de profundos cambios, porque Simón Rodríguez no está allí para ser contemplado desde la distancia del siglo XIX, sino para hacerlo carne y savia de esta extraordinaria época revolucionaria.

Nosotros somos herederas y herederos de este hombre excepcional; por eso, Simón Rodríguez nos invita a pensarnos y repensarnos en forma crítica; a interpelarnos permanentemente acerca del propósito y la naturaleza de nuestro compromiso con este tiempo de gestación de lo nuevo en todos los campos del saber.

Nuestra acción se verá cada vez más comprometida en los campos de la vida cultural, de la ciencia, incluida la ética y los valores propios de nuestro ser venezolano, latinoamericano y caribeño.

Allí están las comunidades populares, su episteme cimarrona y la huella de Simón Rodríguez, creando y recreando conocimientos y saberes, para hacer posible el mundo del vivir viviendo. No se trata de perseguir el nirvana, y mucho menos una tierra idílica. De lo que se trata es de que, desde las trincheras de las ideas que exige el socialismo del siglo XXI, nos atrevamos a pensar por nosotros mismos, sin pedir prestado ni reproducir servilmente fórmulas. Debemos promover acciones de orden individual, grupal y colectiva en pro de la formación de personas y colectivos para ser cada día más libres, más dignos, más emancipados, en una sociedad justa e igualitaria.

Formación omnilateral para todo el pueblo y en todos los espacios. Brevísimas consideraciones finales.

1. Un nuevo horizonte de prácticas y saberes.

La refundación de la república y la consolidación de la independencia, imponen la urgente necesidad de la transformación material y espiritual de nuestra sociedad desde la ética socialista, así como una nueva formación para la producción de conocimientos y saberes emancipadores, en función de las profundas transformaciones que actualmente vivimos.

Es esencial replantearnos el problema de la formación integral de nuestro pueblo-sujeto social histórico y la producción de saberes, como herramientas de liberación y descolonización definitiva, que tiene enormes consecuencias epistémicas y praxeológicas.

En tal sentido, la Educación no puede escapar de la discusión sobre el principio de la formación permanente, como proceso que engloba la vida y existencia total de toda persona, desde cuando nace hasta su muerte. En consecuencia, la educación permanente no debe ser confundida con la creación de sistemas paralelos al sistema escolar, sino que comprende la totalidad de las formas de la educación, la totalidad de las edades y la totalidad de la población.

La educación permanente y la educación de adultos no son ideas nuevas, aunque a partir de la segunda mitad siglo XX fueron temas principalísimos que ocuparon la agenda de la UNESCO. Uno de los hitos de su conceptualización lo podemos encontrar en la Revolución Francesa, con el informe del filósofo y matemático Jean Antoine Condorcet, intitulado *Rapport*, quien lo presentó ante la Asamblea, y fue aprobado el 21 de abril de 1792, siendo Presidente de la misma.

Este documento contenía el diseño del sistema educativo francés. Allí se expresa la idea de educación permanente como aquella que continúa la instrucción durante toda la vida, que no sólo impide que se borren de la memoria los conocimientos adquiridos en el sistema escolar, sino que también el adulto tiene la capacidad de poder instruirse por sí mismo, a través de la autodidaxia.

Más cerca de nosotros, como pueblo caribeño, debemos subrayar que el apóstol cubano José Martí, sostuvo que el ser humano se educa desde la cuna hasta la tumba. Tampoco podemos dejar de reconocer el pensamiento contemporáneo del brasileño Paulo Freire, y su propuesta educativa dialógica, que parte de la premisa de que todos sabemos algo y todos ignoramos algo. Por eso, aprendemos siempre, mediados por el mundo.

Las repercusiones conceptuales han llegado hasta teóricos y filósofos que plantean la reconceptualización de la ciencia de la educación. Se hace referencia a la propuesta de una noción que parte de la Antropología, en la

perspectiva de la educación permanente, que da origen a la antropología como ciencia de la educación.

La visión plantea una nueva estructuración epistémica ó ciencia agógica. Es así como, según este enfoque, el ser humano puede realizarse y conquistar su proceso creciente de humanización, el cual se logra debido a su extraordinaria capacidad de aprendizaje permanente y de su educabilidad como sujeto histórico, en todas las etapas y edades de su vida, desde el nacimiento hasta la muerte.

Desde el abordaje antropológico, se considera que la pedagogía ocupa su lugar en el proceso de aprendizaje de niñas, niños y adolescentes; y, la andragogía asume a la persona adulta como sujeto histórico en formación continua, cuya educación no es remedial ni se circunscribe a la adquisición de conocimientos, habilidades y destrezas que se adquieren una sola vez, en un momento dado, para convertirlos en acciones maquinaalmente repetitivas durante el resto de su vida.

La valiosa vida del adulto requiere una formación integral, omnilateral, que se estructura en el contexto de las relaciones sociales, donde se hagan posible los lazos significativos para el desarrollo de personas y colectivos con profundo compromiso solidario, quienes se orientan, de forma consciente, a propiciar las transformaciones requeridas; y, desde un nuevo horizonte de prácticas y saberes, sentar las bases de una sociedad de inclusión, igualdad y justicia social.

El territorio del conocimiento y los saberes, como patrimonio colectivo, se encuentra en todas las comunidades y rincones del país, esperando ser fortalecido, apoyado y promovido a través de articulaciones e intercambios recíprocos. En eso consiste el reto del momento histórico que vive nuestra patria, que va configurando un estado democrático socialista, asentado sobre el poder popular, y un modelo productivo pro socialista, post capitalista.

En este sentido, los órganos con competencias específicas en materia de educación, ciencia, tecnología, innovación y sus aplicaciones, a los cuales les corresponde la dirección estratégica del Estado, deberán formular las políticas dirigidas a crear y garantizar las condiciones para hacer posible, y no se detenga, el movimiento, el brote de nuestra ciencia cimarrona

militante, con espíritu robinsoniano y con enfoque andragógico, para lograr los grandes objetivos históricos, nacionales, estratégicos y generales contenidos en el Plan Patria, configurador del horizonte de la ciencia socializada para el buen vivir en la Madre Tierra.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Discurso pronunciado por El Libertador ante el Congreso de Angostura el 15 de febrero de 1819.*
- Freire, Paulo. (1979). *Cartas a Guinea-Bissau. Apuntes de una experiencia pedagógica en proceso.* Siglo veintiuno.
- García Bacca, Juan David. (1978). *Simón Rodríguez pensador para América.* Caracas: Presidencia de la República.
- García, Jesús. (1996). *Africanas, esclavas y cimarronas.* Fundación Afroamericana.
- Guerrero Veloz, Jorge. (2009). *La presencia africana en Venezuela.* Fundación Editorial El Perro y La Rana.
- Henao Restrepo, Darío. (2010). *Los hijos de Changó. La epopeya de la negritud en América.* Bogotá: Biblioteca de Literatura Afrocolombiana. Ministerio de la Cultura.
- Kosik, Karel. (1967). *Dialéctica de lo concreto* (Estudio sobre los problemas del hombre y el mundo). México: Grijalbo
- Pestano, Karín y Luisángela Fernández. (2010). La Economía Cimarrona. Una alternativa de la resistencia colonial. *Memorias De Venezuela. N°13.* Ministerio del Poder Popular para La Cultura. Centro Nacional de Historia.
- Propuesta del Candidato de la Patria Comandante Hugo Chávez para la Gestión Bolivariana Socialista 2013-2019.
- Rodríguez, Simón. *Obras Completas.* (1975). Caracas: Universidad Nacional Experimental “Simón Rodríguez”.

Rodríguez, Simón. *Cartas*. (2001). Caracas: Universidad Nacional Experimental “Simón Rodríguez”.

Sánchez Vázquez, Adolfo. (1973). *Filosofía de la Praxis*. México: Grijalbo.

Zapata Olivella, Manuel. (2010). *Changó, El gran putas*. Bogotá: Biblioteca de Literatura Afrocolombiana. Ministerio de la Cultura.